

Tocaba el polvo con su hermosa frente
 Ella, y dos religiosas la incensaban:
 Otras allí con mano diligente
 Flores sobre su cuerpo derramaban.
 La sangre á su cerebro Carlos siente
 Agolparse.... sus piernas flaqueaban;
 «Llegué tarde,» exclamó con desconsuelo,
 Y sin conocimiento vino al suelo.

En su auxilio acudió con faz sombría
 Desconocido joven viajero,
 Que del convento en el umbral había
 Dejado apenas su corcel ligero.
 En sus brazos el otro en sí volvía,
 Y lanza al verle grito lastimero:
 —Fernando! yo he perdido a mi Diana!
 —Yo también la perdí; ¡no tengo hermana!

Abandonan el templo, y ven formada
 Fúnebre comitiva: en medio della
 Es conducida a la postrer morada
 En su blanco ataúd tierna doncella.
 ¿Quién era? (preguntaba demudada
 Cierta mujer a otra). ¿Era muy bella?
 —Era una joven como el cielo hermosa....
 —¿Su edad?—Veinte años.—¿Y su nombre?—Rosa.

IX

Reaparece en la escena un personaje tan desfigurado, que por lo pronto ha de ser extraño al lector.—La tempestad.—Carlos y Fernando descubren las intrigas de Álvarez y juran darle muerte.—Llega Álvarez durante la tempestad a pedirles asilo.—El reto.—Álvarez parte.—Advertencia que le hizo un labrador.—Intento de Álvarez.—La justicia de Dios es superior a la justicia de los hombres.

No lejos de la casa
 Donde vivía Carlos en el campo,
 Y que ver al lector hemos ya hecho,
 Hay de verdor escasa
 Vasta llanura, de la cual cultiva
 Anciano labrador exiguo trecho.
 Viene por el repecho
 Que del vecino monte a ella conduce,
 Sus caballos trayendo a paso tardo,
 En carretela rica
 Sentado a la sazón, señor gallardo,
 Cuya mirada luce
 De protección y de arrogancia llena.
 De sus caballos árabes el paso,
 Viendo al anciano labrador, refrena;
 De palabras escaso,
 Apenas le saluda,
 Y pregúntale el rumbo del camino
 Que a Puebla guía, pues le tiene en duda.

El labrador las señas
 Da, y a seguir la senda se dispone
 El otro; mas, rayando en desatento,
 Añade el labrador con brusco acento:
 —¿Ve usted la negra nube que se pone
 De la parte del Sur? Es que no tarda
 En estallar la tempestad.... Muy luego
 En su quitrín se aleje viento en popa,
 Que si un poquito nada más aguarda,
 Se quedará en el campo hecho una sopa.
 —¿Por ventura no puedo hallar abrigo
 En la casita blanca
 Que desde aquí se ve? ¿Quién vive en ella?
 —Vive el amo Don Carlos; pero sella
 Sus puertas para todo caminante,
 Y aunque le pidan, como vos, asilo,
 Dice a todos que vayan adelante
 Y le dejen allí solo y tranquilo.
 —Raro capricho a fe, murmura el otro,
 Y se aleja impaciente
 A tiempo que la nube ya extendía
 Del Sur hacia el Oriente
 Sus alas enlutadas,
 De relámpago vivo iluminadas;
 Pero en sus pensamientos embebido,
 Ni deslumbra el relámpago sus ojos,
 Ni el ronco trueno resonó en su oído.
 Hále causado enojos
 Del viejo labrador el tono adusto:
 Consigo mismo hablando, murmuraba:

«Forzoso es confesarlo, el mundo es justo
 En dispensar al uno sus favores
 Dejando al otro al aire y al sereno;
 Siempre la plebe habrá de ser esclava,
 Siempre el reptil habitará en el cieno.
 ¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Necias quimeras!
 ¿Soy igual por ventura,
 Teniendo en propiedad leguas enteras
 De valle y monte, y eras y ganados
 Y cien talegas de oro
 En mis cofres cerrados,
 Al que a labrar la tierra se sujeta
 Ganando en todo el día una peseta?...
 Libertad! igualdad!.... También yo un día
 Estas palabras al indocto vulgo,
 Frenético tribuno, repetía,
 Y soberano al pueblo proclamaba:
 Mi pie sobre sus hombros caminaba;
 Mas cuando a la anhelada cumbre arribo,
 El escalón que me sirvió, derribo.»

Fin a sus pensamientos
 Dieron los irritados elementos:
 Empieza a descender lluvia copiosa,
 Y noche pavorosa
 Iba envolviendo al mundo.
 La casa blanca aparecía lejos:
 Viéndola el caminante,
 Del temor dando oído a los consejos,
 No vacila un instante

En dirigirse a ella:
 Pasó bajo los árboles añosos
 Que herloseaban la colina donde
 La fábrica descuella,
 Y aunque a gritos llamó, nadie responde,
 Que el ruido atronador de la borrasca
 No deja oír su acento.
 Acercándose más, halló la puerta
 Que, estando entreabierta,
 Luego le ofrece entrada;
 Pero al lector prudente
 No corresponde, en mi opinión humilde,
 Seguirle diligente,
 Y antes de entrar será muy conveniente
 Echar al interior breve ojeada.

En aislado aposento
 Que trémula bujía alumbra, apenas
 Su ornamento sencillo ver dejando,
 De tosca mesa al lado están dos jóvenes,
 Su rostro con las manos ocultando.
 Con discordes ruidos
 De la ventana azota los cristales
 Viento furioso al aguacero unido,
 Y éste a la alcoba a la sazón penetra
 De la angosta vidriera por debajo.
 Los jóvenes a poco lo advirtieron,
 Y los muebles que el agua humedecía,
 No sin algún trabajo,
 A distinto lugar pasando fueron;

Y cuando removía
 Carlos — que ya el lector Fernando y Carlos
 Sabe que entrambos son, o lo sospecha —
 Al remover, repito,
 Carlos antigua cómoda, deshecha
 Casi por la humedad, cerrada carta
 Halla en el suelo: viendo el sobrescrito,
 Fernando luego conoció la letra
 De su vieja criada ya difunta:
 Con rapidez abrióla,
 Abrigando tal vez presentimiento
 Inexplicable, y para sí leyóla.
 De palidez se cubre en el momento
 Su rostro: a Carlos el papel le entrega:
 No bien su contenido a entender llega
 Este, de horror da un grito. —
 Era la misma carta
 Que, arrepentida acaso, había escrito
 Antes la vieja a Carlos,
 Quien la arrojó insensato sin leerla:
 En ella las infamias refería
 Que Álvarez empleó para engañarle
 A costa de la dicha de su ama. —
 «Y hasta ahora la veo! (al fin exclama,
 De su estupor volviendo). Todavía,
 Si por inspiración del alto cielo
 La hubiese yo leído esta mañana,
 Tú perdido no hubieras a tu hermana
 Y yo la apellidara esposa mía.»
 De pronto sus miradas se encontraron

Llenas de brillo singular; la diestra
 Con fuerza convulsiva se estrecharon,
 Su faz mostrando una expresión siniestra.
 —De los dos el primero que le halle,
 Dondequiera, Fernando, que le vea;
 En su casa, en el templo ó en la calle,
 Su matador en el instante sea!
 ¡Júralo por tu honor!

—Lo juro, y siento
 Que de venganza el corazón sediento,
 Quiere romper su cárcel... estoy loco;
 Pero tengo formal presentimiento
 De que vendrá a mis manos ese hombre
 Y en ellas le ahogaré dentro de poco.
 ¡Mírale, Carlos! Díme, ¿no es él mismo
 Quien aparece allí?... Traidor, espera...
 ¿Dónde mi espada está? ¡No importa! ¡Vamos!»
 Quiere avanzar, pero vacila y cae.

Cual si le vomitara allí el abismo,
 Álvarez aparece demudado
 En el umbral de la cercana puerta:
 En busca de las gentes de la casa
 Fué al aposento por la luz guiado.
 Fernando está en el suelo sin sentido,
 Al peso de su ira anonadado:
 Va aquél a retirarse; pero enfrente
 A Carlos ve que, cual hircano tigre,
 En él enclava su mirada ardiente.

Una sola palabra no se hablaron:
 Álvarez al entrar ha comprendido
 Que, al fin, su infamia descubierta ha sido.
 Uno al otro los dos se aproximaron,
 Y al hallarse a tres pasos de distancia,
 Puñal y espada súbito brillaron;
 Mas dominóse Carlos y le dice:
 «No quiero que el asilo en que yo debo
 Solitario acabar mis tristes días,
 Conserve las señales de la sangre
 De un enemigo muerto por mi mano.
 No quiero yo que usted, aunque enemigo,
 Sucumba aquí cuando a mi casa llega
 A demandarme hospitalario abrigo;
 Pero mañana, al asomar el alba,
 A cien pasos de aquí, frente al remanso
 Formado por el río, nos veremos.
 Sobra para los dos con un testigo;
 Será este joven que cayó privado
 Y a quien usted conoce: irá conmigo.
 Reto a usted desde ahora a nombre suyo
 Para que, si yo muero, ambos se batan,
 Y sin testigo alguno, que es inútil,
 Y evitar el escándalo debemos.
 Ofrezco a usted por esta noche asilo:
 Nuestra cuenta después arreglaremos,
 Y a cada cual ayúdele su suerte.
 —Empeño mi palabra: iré a la cita.
 —Pero ha de ser nuestro combate a muerte!

Álvarez de la oferta hospitalaria
 No quiso aprovecharse. Obscura noche
 Reinaba en torno de la casa: el viento
 Chocando en las paredes, parecía
 Estremecer el sólido cimiento:
 La lluvia entre los árboles sonaba
 Y la llanura en lago transformaba.
 Álvarez un caballo apresta, y pártelo.
 Muy cerca de la puerta el viejo estaba
 Con quien habló esa tarde: alzó su mano,
 En que brillaba resinosa tea,
 Porque su luz llegase algo más lejos,
 Mas pronto la apagaron viento y lluvia.
 Al despedirse aquél, éste le grita:
 «Tomad hacia la izquierda. Riesgo, y mucho,
 Cabe en partir así tan a deshora:
Cuidado con el río: está crecido:
 Corre invisible y mudo: en un descuido,
 Cual sierpe os ataranta y os devora.»

La turbación que en su ánimo sentía
 Álvarez fué tan grave, que ni supo
 Adónde su caballo dirigía.
 «Mi vida ha estado en el mayor peligro,
 Pues según las palabras de ambos jóvenes
 Que sin querer oí cuando iba entrando,
 Traidoramente asesinar me quieren.
Sobra para los dos con un testigo,
 Carlos me dijo, porque al fin espera
 Que en el anzuelo, crédulo, picando,

Vaya a la cita y a sus manos muera;
 Mas, ¡vive Dios que un chasco les aguarda,
 Cual lo merecen ellos! Desde luego
 Marcho hacia Veracruz, y en la primera
 Embarcación que salga, voime a Europa,
 Al África, al infierno, a cualquier parte
 Donde a ocuparse en mí vuelva ninguno....
 Siendo rico y feliz, ¿quién me entromete
 A rifar la existencia por antojo
 Del primer miserable mozalvete?»
 Dijo y tomó desconocida senda.—

Al viejo labrador, que se mantuvo
 En la puerta después que Álvarez fuése,
 Oír le pareció gritos de angustia
 Entre el ronco fragor de la tormenta;
 Pero en vano aplicó luego el oído
 Y conocer la realidad intenta:
 Sólo del huracán oyó el bramido,
 Cerró la puerta y entregóse al sueño.

Al comenzar la madrugada, calma
 La lluvia: el cielo en parte se despeja
 Y aparece la luna en el Oriente:
 Su esplendor melancólico refleja
 Convertido en un mar el llano todo:
 Baja de las montañas el torrente,
 Los árboles gotean. Luz escasa
 Brilla en una ventana de la casa
 Habitada por Carlos: en su alcoba

Él y Fernando velan: el deseo
De la venganza, que sus almas llena,
Sueño y quietud a la sazón les roba.

Apenas sobre el nítido horizonte
Levantábase el astro rey del día,
La niebla replegábase y cubría
La falda sólo del enhiesto monte
A cuya espalda hay noche todavía,
Ya la puerta se abría
De la campestre casa,
Y Carlos y Fernando
A poco en el umbral aparecieron,
Al cinto acero brillador llevando.
Al llano descendieron,
Que viento débil a orear empieza,
Aunque anegada vieron
Donde el terreno es hondo una gran pieza.
Con el calor del sol cándida bruma
Sobre el agua estancada se levanta,
Los árboles oculta entre sus pliegues
Tomando formas con que al ave espanta;
Rota en vellones y con tardo vuelo
Después asciende al azulado cielo.
Vése allá lejos la fragosa sierra
Dilatarse, al viajero presentando
Cien montes asomado uno tras otro.
Con el color del impalpable viento
Teñidos los volcanes,
Tocan al firmamento.

Acá la flor bañada por la lluvia
Guarda en su cáliz gota diamantina;
Allí el ave gorjea;
Posada en débil rama
Que con su peso hacia la tierra inclina,
Su mirada pasea
Por la extensión del bello panorama.
Se oye el sordo ruido
Que forma el Atoyác, raudo corriendo
Por el cieno y las lluvias acrecido.
Su orilla izquierda a la sazón siguiendo
Carlos va, de Fernando acompañado:
A poco andar arriban
Al sitio para el duelo señalado:
Álvarez todavía no ha llegado,
Y siéntanse a esperarle en alta peña
Que al interior del río se adelanta.
En contemplar el agua se entretienen
Que cual cinta argentada en partes brilla,
Y ven llegar los descuajados troncos
Que a veces, con el bálago y arbustos,
La creciente al pasar deja en la orilla.
Rico reloj consultan
Ambos, y el rostro vuelven al camino,
Que alguien por allí venga, esperando:
Dos horas transcurrieron: la impaciencia
Apodérase dellos, y Fernando
A su enemigo tacha de cobarde,
Pues venir ha ofrecido con el alba,
Y no parece aún y es ya muy tarde.